



Héctor Tizón en:

El poet

SHAZADPUR

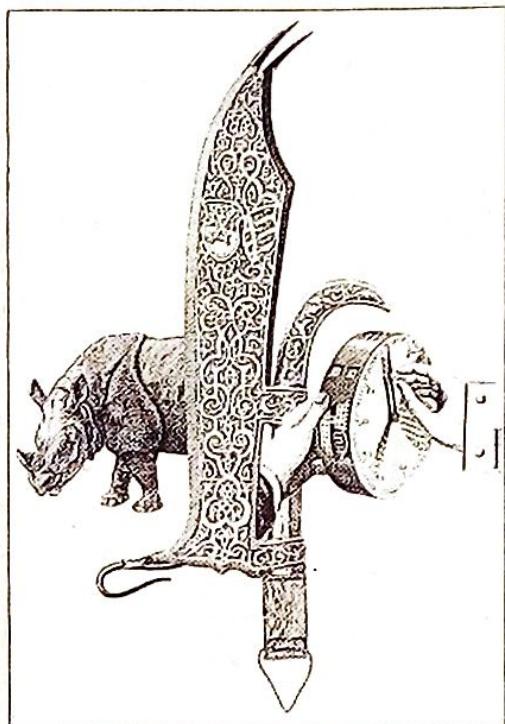
5 de Septiembre de 1894

Me doy cuenta de lo hambriento que estoy de tiempo y de espacio y me sacio de ellos en estas habitaciones en donde reino, como único monarca, con todas las ventanas y puertas de par en par. Aquí el deseo y la facultad de escribir son míos como no lo son en otra parte alguna. El movimiento de la vida exterior me entra en las olas de verdor y, con su luz, perfume y sonido, estimulan mi fantasía hasta llegar a escribir cuentos.

Las tardes tienen un especial hechizo suyo. El resol, el silencio, la soledad, los gritos de los pájaros -especialmente el estridente chillar de los grajos-, y la deliciosa y descansada abundancia de tiempo; todos estos factores conspiran para que me entregue del todo a la belleza.

Exactamente de mediódías así parecen haberse hecho as mil y una noches- en Damasco, Bujara o Samarcanda- con sus caminos del desierto, sus filas de camellos, jinetes errantes, fuentes de cristal brotando bajo la sombra de los bosques de pluma de las palmas datileras; sus soledades de rosas, sus cantos de ruiseñores sus vinos de chiraz, sus estrechos callejones de bazares, con alegres toldos en lo alto; los hombres con ropas sueltas y turbantes multicolores, vendiendo nueces, dátiles y melones; sus palacios, fragantes de incienso, con lujosos divanes cubiertos de cojines sumtuosamente mullidos, junto a las ventanas; sus Zobedía o Amina o Sufría con blusas vistosamente decoradas, anchos pantalones y zapatillas bordadas de oro, su largo narguile enroscado a sus pies; con cunucos de libras sumtuosas formando guardia, y todas las historias posibles e imposibles de hechos y deseos humanos, y las risas y los gemidos de aquella distante y misteriosa región.

RABINDRANATH TAGORE



Una serie de coincidencias ocurren para que este pequeño cuadernillo se ponga bajo la vista; leo: Las Alusiones en finas letras rojas, la dedicatoria entrañable, los sels poemas, sólo en voz baja como quien rezá, sentado en el suelo; al cabo de leer ya he olvidado lo que en realidad buscaba y me sumerjo en un río diferente. Afuera, el sol de Yala sobre matorrales del jardín imita a un cuadro de Seurat y una rama florida de bungavilla se mete apenas por la ventana, como una mano violácea.

Suena el llamador, arriba, en el viejo departamento de la calle Gutemberg y Roberto Di Pasquale aparece contundente, con un botellón de ese vino áspero y chambón -dicen que de las viñas de baja California- colgando de su mano.

Es la primera aparición del poeta y esa imagen se me ha antojado siempre un truco visual, un collage; el botellón en la mano como superpuesto al resto del atuendo, correcto y oscuro, a su cabeza peinada a la antigua, a su mirada inteligente y bondadosa. Ese contraste era, a la vez, una burla leve, antisolemne. Él venía de Buenos Aires con algo así como una beca, pero también de Nueva York, desde donde había tratado de enviar artículos a una revista zonza mientras experimentaba el pavimento de Manhattan paseándose con sólo una hamburguesa en el estómago, sabiendo de

antemano -como Karl Rosal al Gran Teatro Integral- porque en Estados Unidos Oklahoma ya no existe más

Siempre que pienso en la imagen del país. Como en Buenos Aires, o mejor dicho la imagen impuesta) del país, que es un espejo de Buenos Aires.

Di Pasquale lleva en sus los estigmas del país. En Buenos Aires, como Bon profundo, de una habilidad (quien tiene conciencia de que se pisa, en el explícito sospechando en el fondo llante, que discurre sin destino o Londres, pudiera ser en cualquier momento mostrar su rica, caótica, contradictoria. Y es por cierto afán malevo metafísicos, el Di Pasquale a frecuentar más en voz baja como quien no recuerda, trasnochado, en Villa Urquiza. Porque para Garcilaso y una cuartel como entre el arte primigenio Giorgione- jamás ha cesado, lo uno sin lo otro ni

A Di Pasquale debe ser a sin que jamás llegase a él, a enviar ni a terminar, luciendo abandono porque pienso que suficiente y que debo reservarla voz en el boliche de prevenido por un teléfono, frente a un trozo de vino, apartado del grosor moda, dispuesto a decir de modo distinto cada vez, hace muchos años- uno Santiago del Estero, con jubilados y cuando se pasa o en las tardes, por una fiesta naranjos.

Después entraremos a increíble divagación acerca -sempiternamente- su jefe trabaja (éste es uno de sus entender que un funcionario patán, casi por definición. Éste será el tema de los próximos limitados a escuchar lo que intervalos de explicación. Para vivir el poeta se ha audiovisualismo (Hawthorne, Martínez Estrada menor: diplomático). Pero,